

Y por fin llegó el Día de la Ira. El cielo resonó con trompetas, angustiantes, ominosas. Por todas partes las rocas secas se alzaron, gimiendo, y cayeron desmoronadas. El cielo se hendió, y en el resplandor apareció un trono de fuego blanco, en un arco iris que ardía con tonos verdes.

Los relámpagos rasgaban el horizonte. Alrededor del trono flotaban siete majestuosas figuras vestidas de blanco, con cintas doradas cruzando sus pechos; y cada una llevaba en su gigantesca mano una redoma que humeaba hacia el cielo. Desde el resplandor del trono llegó una voz:

—Seguid y verted vuestras redomas* de la ira de Dios sobre la tierra.

Y el primer ángel descendió, y vació su redoma en un torrente de oscuridad que humeó por encima de toda la desierta tierra. Y se hizo el silencio. Luego el segundo ángel voló bajando a la tierra, y planeó de un lado a otro, sin vaciar su redoma: y finalmente regresó junto al trono, diciendo:

—Señor, debo vaciar la mía en el mar. ¿Pero dónde está el mar?

Y de nuevo se hizo el silencio. Porque las resecaas rocas de la tierra se extendían sin fin bajo el cielo; y allá donde habían estado los océanos había tan sólo cuevas abiertas en las rocas.

El tercer ángel exclamó:

—Señor, la mía es para los ríos y fuentes de agua.

Y luego el cuarto ángel dijo:

—Señor, déjame vaciar la mía.

Y vertió el contenido de su redoma hacia el sol; y en un instante ardió con una terrible explosión: y planeó de un lado para otro dejando caer su luz sobre la tierra. Tras un instante vaciló y regresó junto al trono. Y de nuevo se hizo el silencio. Entonces del trono brotó una voz diciendo:

—Suficiente.

Bajo el amplio domo de los cielos, no volaba ningún pájaro. Ninguna criatura reptaba o

se arrastraba sobre la superficie; no había ningún árbol, ninguna brizna de hierba.

La voz dijo:

—Este es el día señalado. Descendamos.

Entonces Dios anduvo sobre la tierra, como en los viejos tiempos. Su forma era como una columna de humo. Y tras Él avanzaban los siete ángeles con sus redomas, murmurando. Estaban solos bajo el cielo gris amarillento.

—Aquellos que están muertos han escapado de nuestra ira —dijo Jehová—. Pero no escapan al juicio.

El reseco valle en el que se encontraban era el Jardín del Edén, donde el primer hombre y la primera mujer habían recibido un fruto que no debían comer. Al este se hallaba el paso por el que la pareja condenada había sido arrojada al desierto. A una poca distancia hacia el oeste se divisaban las dentadas formas del monte Ararat, donde se había posado el Arca tras el Diluvio purificador.

Y Dios dijo con una gran voz:

—Abramos el libro de la vida; y que los muertos salgan de sus tumbas.

Su voz resonó bajo el tenebroso cielo. Y de nuevo las resacas rocas se alzaron y cayeron; pero los muertos no aparecieron. Sólo el polvo se retorció.

El primer ángel sujetaba en sus brazos un gran libro abierto. Cuando el silencio se hubo establecido, cerró el libro, y en su rostro hubo miedo; y el libro se desvaneció de entre sus manos. Los otros ángeles murmuraban entre sí y suspiraban. Uno dijo:

—Señor, terrible es el sonido del silencio, cuando nuestros oídos deberían estar llenos de lamentaciones.

Y Dios dijo:

—Este es el día señalado. Sin embargo, un día en el cielo son mil años en la tierra. Gabriel, dime, según como cuentan los hombres el tiempo, ¿cuántos días han transcurrido desde el Día?

El primer ángel abrió un libro y dijo:

—Señor, tal como los hombres cuentan el tiempo, ha pasado un día desde el Día.

Un impresionado murmullo recorrió a los ángeles. Y volviéndose a ellos, Dios dijo:

—Sólo un día: un instante. Y sin embargo no se alzan.

El quinto ángel se humedeció los labios y dijo:

—Señor, ¿no eres Tú acaso Dios? ¿Qué secretos pueden haber para el Hacedor de todas las cosas?

—¡Paz! —dijo Jehová, y los truenos resonaron hacia el sombrío horizonte—. A su debido tiempo, haré que estas piedras se levanten y hablen. Seguidme, vamos un poco más lejos.

Vagaron por las resacas montañas y por entre los vados cañones del mar. Y Dios dijo:

—Miguel, tú estabas encargado de velar sobre esa gente. ¿Cómo fueron sus últimos días?

Hicieron una pausa cerca del fisurado del Vesubio, que en una época de distracción celeste había entrado en erupción dos veces, enterrando vivas a miles de personas. El segundo ángel respondió:

—Señor, cuando los vi por última vez, estaban preparando una gran guerra.

—Sus iniquidades rebasan todo entendimiento —dijo Jehová—. ¿Cuáles eran las naciones que estaban preparando la guerra?

El segundo ángel respondió:

—Señor, eran llamadas Inglaterra y Rusia y China y América.

—Vayamos entonces a Inglaterra.

Al otro lado del reseco valle que había sido el Canal, la isla era una meseta de piedras, en ruinas y desolada. Por todas partes las rocas estaban cuarteadas y sin vigor. Y Dios se encolerizó más, y gritó:

—¡Que las piedras hablen!

Entonces las grises rocas se desmoronaron en polvo, descubriendo cavernas y túneles, como las cámaras de un hormiguero vacío. Y en algunos lugares resplandeció el brillante metal, dispuesto en capas graciosas pero sin ningún diseño, como si el metal se hubiera fundido y hubiera corrido como agua.

Los ángeles murmuraron; pero Dios dijo:

—Esperad. Esto no es todo —Y ordenó de nuevo—. ¡Hablad!

Y las piedras se alzaron una vez más, para dejar al descubierto una cámara mucho más profunda. Y en silencio, Dios y los ángeles se inmovilizaron en un círculo en torno al pozo, y se inclinación hacia delante para ver las formas que se movían allí.

En la pared de aquella profunda cámara, alguien había grabado una hilera de letras. Y cuando la máquina de aquella cámara había sido destruida, el metal incandescente había brotado y había llenado las letras en la pared, de tal modo que ahora brillaban como plata en la oscuridad.

Y Dios leyó las palabras.

NOSOTROS ESTÁBAMOS AQUÍ. ¿DÓNDE ESTABAS TÚ?